

**PLN**

**PARTIDO  
LIBERACIÓN  
NACIONAL**

**[“DISCURSOS”  
*José Figueres Ferrer*]**

## “DISCURSOS”

*José Figueres Ferrer*

---

- Radio América Latina 1942
- Regreso a Costa Rica 1944
- Acto de fundación Acción Demócrata 1945
- Desfile de la Victoria 1948
- Toma de Posesión de la Junta 1948
- La orientación general de la Segunda República. Discurso de apertura de la Asamblea Constituyente
- Los tres grandes cambios de la humanidad

## Discurso en Radio América Latina

El ocho de julio de 1942, apareció en los periódicos un anuncio:

*"Al Supremo Gobierno. A Las colonias de las naciones aliadas, a los ciudadanos costarricenses. Invitamos a escuchar el mensaje que hoy a las 7 de la noche, desde la Estación América Latina, dirigirá DON JOSE FIGUERES, desenmascarando la verdadera organización nacional de sabotaje que mina a la República y desvirtúa su acción internacional. San José, 8 de julio de 1942. (f). Francisco J. Orlich. Alberto Martén".*

El discurso de José Figueres, fue el siguiente:

Honorables colonias americana e inglesa, costarricenses:  
Bendigamos el sistema de Gobierno que permite a un ciudadano pensar dignamente y expresar su opinión sobre el manejo de las cosas de todos.

Esto es en gran parte conquista de los pueblos de habla inglesa y francesa y es rica herencia del pueblo costarricense. Hoy este pueblo participa en una guerra mundial donde se libran a un tiempo diversas disputas de los hombres; donde va a definirse, empero, una cuestión fundamental; si pueden permanecer sobre la tierra o si van a perecer, la forma de vida y la forma de gobierno que reconocen como lo más sagrado el respeto a la dignidad humana.

Costa Rica milita en el grupo de naciones optimistas en esta gran prueba. Y aquí un costarricense ocupando libremente la tribuna para decir cosas que pueden disgustar a personas y a grupos capaces físicamente de impedir este acto o de tomar represalias, si no mediaran esas grandes conquistas de los hombres, porque hoy se está luchando. Me siento orgulloso de ser hombre y de ser costarricense. Respiro la atmósfera de las cámaras de Inglaterra, donde ahora mismo, en gravísimos momentos, se pronuncian censuras a Churchill, con independencia y dignidad.

Yo vengo a hablar sobre la situación del momento. Sin embargo, sin idea original, porque cuanto hay que decir se comenta sin cesar en las conversaciones del pueblo, y algunas cosas ya se han publicado. Hay un malestar general, reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República. El señor Presidente se ha quejado muchas veces por la prensa de que se murmura por todas partes, se llega tal vez hasta la calumnia y nunca se concretan cargos serenamente. Por otra parte el público lamenta que nadie tenga la suficiente confianza en el gobierno para expresar libremente el sentir general, sin temor a represalias y a sinsabores. Creo que yo tengo

esa confianza. Yo estoy seguro de que no siento temores. Lo que se dice es esto: La administración pública es deficiente. Que los métodos o los hombres del gobierno, son incompetentes para dirigir al país en tiempos de paz y absolutamente incapaces de conducir la guerra.

Veamos lo que el público dice sobre nuestra actuación en la guerra.

La declaramos a su tiempo, en cumplimiento con el sentir nacional, que era, en nuestra gran mayoría, pro aliado y que desea continuar nuestra vida de instituciones y de derechos. Pero hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hecho el ridículo ante nuestros enemigos, como ante nuestros aliados. Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos. Este es un problema que no es nuevo en el mundo y los hombres de gobierno debieran haber sabido cómo manejarlo. No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá. Las únicas medidas que se han tomado han sido a instancias directas de la Legación Americana. Y es bien sabido que bajo la política del buen vecino, las legaciones desean intervenir lo menos posible en acciones internas de otros países, a pesar de que somos sus aliados. Y en Costa Rica tenían que intervenir, por la incapacidad de las autoridades locales. Tenemos a nuestros aliados en un estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores adentro. Hemos estado lejos de dar toda nuestra entera colaboración.

Con nuestras escasas fuerzas, podríamos al menos haber recorrido nuestras costas palmo a palmo, para sentirnos seguros de que no hay depósitos de aprovisionamiento de submarinos, protegidos de los aviones por las espesas selvas tropicales. Cada uno debe ayudar con lo que tenga.

El Gobierno no procedió a tiempo. Se podrían al menos, haber emplazado algunos pequeños cañones, como dicen que se está haciendo ahora, que ya es tarde. Así pasamos por esta vergüenza de que se metiera un submarino enemigo hasta nuestro mismo puerto de Limón y clavara la puñalada a nuestro huésped en nuestra propia sala. Nosotros somos los responsables, por imprevisión, por desconocimiento de nuestras incumbencias. No podemos esperar que los Estados Unidos organicen, por sí solos, en unos pocos meses, la defensa de todos los puertos y de todas las costas del Continente. Si cada pequeña nación no hace lo que puede, tanto les da tenernos como aliados, como de enemigos. La peor forma de sabotaje es un aliado incapaz.

En protesta contra el hundimiento del San Pablo, que la multitud no puede enfocar ni juzgar cuerdamente, se organizó en San José un desfile la tarde del 4 de julio. Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo por los muertos del barco. Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas y la manifestación se dirigió a la Casa Presidencial. Y luego, paso por la pena de decirlo, el

señor Presidente cometió los errores que luego ha lamentado tanto en los periódicos y en sus actuaciones posteriores. Cayó en la trampa de un discurso político de un jefe de partido, don Manuel Mora; olvidó las lecciones elementales de sicología colectivas o de sicología de las multitudes; hizo derroche, aunque fuera momentáneamente, de una absoluta falta de prevención práctica de las cosas. Pronunció un discurso de buena fe, que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener y la ciudad fue saqueada y la gente destruyó más riqueza pública, porque pública es en esa circunstancia toda riqueza, especialmente la de las colonias enemigas, destruyó riquezas, digo, la gente en dos horas, que la mercadería que perdimos en el San Pablo. En cambio, en los Estados Unidos, se trabajó el cuatro de julio, produciendo riqueza que todos necesitamos. Y ahora todos se lavan las manos. Ni el Partido Comunista tiene la culpa, ni el gobierno tiene la culpa. Yo creo que los dos son culpables, pero más el gobierno, porque es el responsable del orden público que no supo mantener. La peor forma de sabotaje es nuestra propia incompetencia. Y ya nos apartamos del renglón de la guerra, para entrar en asuntos internos.

Los rumores que preocupan al señor presidente, han llegado a su máximo en estos días. Se dice que el Gobierno está entregado al Partido Comunista. Y se dice que el Gobierno se ha visto obligado a echarse en brazos de ese partido, porque las clases dirigentes y los demás grupos, lo han abandonado en su lucha política contra el partido o los partidos que no son de su agrado. Tal vez sea cierto ese abandono político. Pero el Gobierno no tiene por qué estar haciendo política en vez de limitarse a gobernar, especialmente en los tiempos de guerra. Si el gobierno está en manos del Partido Comunista por razones políticas y si el Partido Comunista tiene que satisfacer, por razones políticas, a las chusmas de pillos inconscientes, llegamos a la triste conclusión de que esta administración ha entregado el país a esa muchedumbre que saqueó la capital en la noche del 4 de julio.

Veamos las finanzas: todos sabemos que el Gobierno está atrasando pagos. Y nos dicen que es por la guerra. Creen que somos ingenuos. La verdad es que en los dos años de esta administración, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaria. Cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones por año. Digan estas cifras costarricenses y sepan que en años relativamente recientes las entradas de la república han bajado hasta diecisiete millones en un año. Y a este gobierno le han entrado cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones, ¿y cómo empezó la administración? Con siete millones disponibles entre varias cuentas. ¿Y cómo está hoy? Sobregirado entre dos y cuatro millones de colones. ¿Y el saldo en descubierto en la calle? ¡Seis millones de colones!

Paremos. Para describir el desastre hacendario en que nos hemos metido, hay que hablar de millones como de cincos de achote.

Paremos las cifras por la siguiente razón: es cierto que si este gobierno termina su periodo, le habrá costado al país tal vez cien millones de colones, botados fuera de presupuesto. Pero el daño que habrá sido más grave y que no se puede expresar en guarismos, es el daño moral de corromper al pueblo con manejos irresponsables de los fondos públicos. La función del Gobierno es educar. Otro ejemplo: la langosta, (una especie de chapulín), con dispensa de trámites se hacen pasar por el congreso los proyectos de mayor trascendencia, inmediata o futura, Viene la plaga de langosta que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando cincuenta mil colones a combatirla. La langosta está en Jorco: primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijolares de San Gabriel: segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: tercer debate. La langosta en los Bajos de Bustamante: el Gobierno no sabe qué hacer con los cincuenta mil colones. ¡En Corralillo! El Gobierno no tiene los cincuenta mil colones. Sigán con tarros, espantándola, los dueños de milpas de Colpachí. ¡La langosta se murió de frío en los cerros de El Tablazo! El Gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Lo que han desaparecido son los maizales. Y lo que debiera desaparecer es el Gobierno.

Esto semeja los cuentos de los humoristas franceses, sobre la inconsciencia de los políticos de París. Esto recuerda las risas de azúcar de la Francia de ayer. Esto presagia las lágrimas de acíbar de la Francia de hoy.

Yo no estoy especulando sobre la teoría de la Relatividad. El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Pónganlo a diez céntimos si la cuestión es de decretos y lo tendremos más barato. Lo que ignora el gobierno, es que ¡con decretos no se hacen tortillas!

O mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. Señores del Gobierno: ¡acabemos la comedia, asegúrenles a los costarricenses un buen entierro y déjenlos morir de hambre!

En los comienzos del cine parlante, el aparato consistía en un proyector mudo, corriente, más un fonógrafo de discos. Era muy difícil hacer coincidir el sonido con las imágenes de la pantalla. A menudo se quedaba uno atrás del otro. Y a veces el operador se equivocaba y sonaba un disco de versos provenzales mientras se proyectaba un match de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien la realidad de las cosas ve, y escucha simultáneamente a los personeros del Gobierno, recibe la misma sensación de desconcierto. Siempre están tocando el disco que no es. ¡Ahora anda la policía con carabinas para evitar el saqueo del sábado pasado...!

Pero señores, el momento no es de risas ni yo soy hombre de lágrimas. Yo no vengo aquí a llorar calamidades ni a mortificar por placer sadista a los hombres del Gobierno, ni a censurar actuaciones ineptas que no tengan, a mis ojos, remedio...

En ese momento la policía interrumpió el discurso. Figueres alcanzó a decir:

...Me mandan a callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse, pero resumo en pocas palabras: ¡Lo que el Gobierno debe hacer es irse!

José Figueres Ferrer

**Discurso pronunciado el 23 de marzo de 1944, desde los balcones  
del Diario de Costa Rica, con motivo de su regreso al país.  
Anuncia la creación de la Segunda República.**

Señores:

Saludo en ustedes a Costa Rica.

Antes que todo, hagamos un minuto de silencio en homenaje a los muertos de la presente campaña nacional..

Descansen en paz. Cayeron víctimas de la vanidad y de la insensatez de un hombre. Cayeron en las fosas de sus antepasados del 56, y del 18. Su carne y su sangre abonen esta tierra, para que no dejen de crecer en ella los lirios de las cívicas virtudes. Para que algún día vuelva a florecer el café de Costa Rica, en la República de Costa Rica.

Es triste, pero es al mismo tiempo alentador, regresar a la patria en estas condiciones. Triste porque la encuentro empobrecida, vilipendiada y deshonrada. Alentador porque los encuentro a ustedes, mis compatriotas, evidenciando en este acto la misma elevada aspiración hacia la vida digna que caracteriza siempre a los costarricenses.

Amarga como es la experiencia que hoy vivimos, es sin embargo un fruto de la vida democrática. Es el resultado de un fatal error electoral. Cuando en 1940 los costarricenses ocultábamos la pereza mental de aquella época bajo el superfluo lema de que "esto lo maneja cualquiera", incurrimos en un verdadero acceso de locura colectiva y elegimos presidente a un ciudadano que ya había demostrado en posiciones anteriores su absoluta ineptitud administrativa, y su mentalidad exclusivamente politiquera.

Producto de esa liviandad temeraria, que puso al país en manos de algo peor que cualquiera, fue el cataclismo apocalíptico mayor de nuestra historia, comparable tan sólo al que hoy aflige a otra tierra que yo adoro: Francia.

Desesperada sería la situación en que hoy estamos, para quien no conociera a Costa Rica. Ah, si yo no hubiera vivido quince años en las chozas del campesino tico, con más goteras que ventanas; si yo no hubiera tenido tan estrecha relación con nuestros hombres de negocios, y con nuestros profesionales de todas las edades; si yo no hubiera sentido, en el país y en el exterior, las palpitations de nuestros gallardos estudiantes, si yo no tuviera aquí los amigos que tengo, para quienes no se me ocurre ahora una frase laudatoria, porque su solo recuerdo me emociona; y la mujer costarricense... si yo no supiera que es de seda y acero su corazón, capaz de muchos



quince de mayo, capaz de mantener vivo el recuerdo de otras mujeres que, en día luminoso de la Historia, marcharon por un camino de Francia... en fin, si yo no fuera costarricense, mi único mensaje para mis compatriotas en esta hora sería una frase dantesca: "Abandonad toda esperanza".

Pero nada más lejos de mi actual estado de espíritu que un mensaje pesimista. Señores, yo no he tenido que aprender en libros, para estimar a nuestro pueblo, la historia de Juan Santamaría, de Rogelio Fernández Güell, o de los héroes de Llano Grande. Yo recibí de viva experiencia la lección, hace ya muchos años, de que el campesino costarricense no se sienta a llorar cuando se vuelca la carreta. Con más sabiduría que ciencia, con más diligencia que palabras, la para, la desembarreal y sigue. Y bueyes y boyeros se sienten superiores a la adversidad.

Hoy que la carreta de la patria está volcada, yo apelo a esas virtudes nacionales. Mucho podemos hacer mientras transcurre la noche. No todo se ha ido con el viento. Ahí está todavía ese suelo que produce buen café y hombres decentes. Ahí está todavía ese pueblo que lo cultiva con esmero, y que al caer de la tarde pide al cielo, más que bienestar, dignidad. Con este suelo y este pueblo, la reconstrucción nacional es segura. Trabajemos. Produzcamos más que nunca el pan nuestro de cada día. Con nuestros brazos y con nuestra mente, trabajemos. Pero los ojos del corazón mantengámoslos muy alto, más alto que las brumas de las dudas, más alto que las flechas del escepticismo, más alto que las del cinismo. Si así trabajamos en la tierra, y así mantenemos en el cielo nuestra noble aspiración, yo juro que algún día, sea mañana, sea dentro de meses o de años, al levantarse el sol sobre el oriente patrio volverá a alumbrar, para regocijo nuestro y para aliento de las demás naciones, el espectáculo grandioso de la Segunda República de Costa Rica.

José Figueres Ferrer

## Discurso fundación Acción Demócrata

Palabras pronunciadas en el acto de fundación del Partido Acción Demócrata, el 17 de marzo de 1945.

Un nombre nos bautiza: 'Social Demócrata'. Y un lema nos dirige: 'Vamos a establecer la Segunda República'. Fieles a estos principios, nos aprestamos a luchar por las conquistas del futuro, sin menoscabo de mantener y perfeccionar las conquistas del pasado.

En febrero de 1944, murió la Primera República de Costa Rica. Queremos conquistar con nuestro esfuerzo la Segunda, porque no podemos vivir sin las instituciones libres que forman el marco de nuestras vidas.

Como en el lenguaje popular, digamos: ¡'Borrón y cuenta nueva'! Esto significa la fundación de la Segunda República.

Costa Rica quiere nacer de nuevo, con la fisonomía que le fijen las nuevas aspiraciones de la época.

La haremos nacer nosotros, sacando energías de una situación aborrecible, para marchar llenos de fe, rumbo al futuro.

Si somos hombres dignos, habremos de devolver el golpe que a la Patria le han dado los irresponsables.

Nuestros abuelos del 56 lo hubieran devuelto; nuestros padres del 18, lo hubieran devuelto; nuestros hijos y nuestros nietos esperan que nosotros lo devolvamos también.

De este pueblo costarricense, que tiene sus raíces profundamente enclavadas en un pasado glorioso, nace hoy un retoño prometedor, que habrá de producir, para bien de la patria y en un futuro próximo, nuevo tronco, nueva flor y nuevos frutos.

José Figueres Ferrer

## Discurso Desfile de la Victoria

En nombre de los soldados del Ejército de Liberación Nacional, saludo al pueblo de Costa Rica. También en nombre de todos los no combatientes que a este lado de las líneas de fuego nos prestaron ayuda material y espiritual, en toda la extensión de Costa Rica.

Rindamos ante todo, un homenaje a los dos muertos más ilustres de la presente epopeya nacional: don León Cortés Castro y el doctor Carlos Luis Valverde Vega. Un homenaje también a todos aquellos muertos de la primera etapa de la contienda, como los de Llano Grande de Cartago y Sabanilla de Alajuela. Esos son muertos de una batalla librada durante varios años, durante los cuales el pueblo de Costa Rica no había podido responder adecuadamente, a pesar de que la guerra había sido declarada por los usurpadores. Un homenaje a los caídos de nuestro lado durante la última intensa campaña, ya fueran soldados del Ejército de Liberación Nacional o voluntarios heroicos que en todo el país se batían. Un homenaje también a los pobres mariachis que fueron víctimas de una dirección monstruosamente irresponsable.

Yo quiero elogiar una vez más, ante los Oficiales y soldados del Ejército Nacional, las cualidades de disciplina y austeridad que mil veces recomendé en la campaña y que tanto contribuyeron a darnos la victoria.

Soldados: Nada nuevo hemos hecho. Nada verdaderamente nuevo se puede hacer en el mundo. Estamos siguiendo un camino trillado, tal vez de siglo en siglo, por todos los fundadores de las naciones. Tampoco podemos decir nada nuevo. Por eso pido que hagamos nuestra una máxima ya conocida como uno de los axiomas de América: "Las armas os han dado la victoria; las leyes os darán la libertad".

Por eso considero que es providencial para Costa Rica en estos momentos, en una función o en otra, pero siempre actuando como manto protector sobre la patria, la presencia de don Otilio Ulate. No suelo hablar sin fundamento. Soy el peor político que existe. La presencia de don Otilio Ulate representa en este momento, para los costarricenses, una doble garantía: primera, porque él, es un digno representante de la República de don Cleto, de la Primera República. Segundo, porque su juventud física y mental y su cultura, son una promesa de que en este momento de honda transformación nacional, no van a detener lo inatajable en Costa Rica y en el mundo: el carro del progreso.

En primer lugar nosotros debemos ver que no se sacrifique nada, en la Segunda República, de lo mucho bueno que tuvo la primera. Muy en especial debemos heredar dos joyas preciosas, que fueron pulidas con paciencia y con el tiempo mediante el

trabajo sapientísimo de varones ilustres. Ambas joyas son de igual valor, aunque se menciona más a menudo una que la otra.

Me refiero, costarricenses, al derecho del sufragio electoral y a la independencia del Poder Judicial. Esas dos prendas tienen entre sí la relación curiosa, de que cuando un país se degenera, la del sufragio es la primera que se pierde. La otra, la majestad de la justicia, tras un largo proceso de derrumbe de valores, viene a ser la última perdida. En Costa Rica la descomposición ya estaba llegando a esta etapa final, cuando vino la guerra salvadora.

En cuanto al carro del progreso, debo advertir que tiene un parecido notable con la campaña guerrera que acabamos de librar. Todos mis compañeros recuerdan que hubo un factor que siempre les recomendé y que todos me ayudaron, con la mayor comprensión a realizar. Ese factor decisivo en las empresas de los hombres, es sencillamente el cuidadoso planeamiento.

En la guerra ese planeamiento es relativamente sencillo. Teníamos una meta general que iluminaba toda la estrategia y que nos guiaba en todo. Ese objetivo general era doble: primero: alcanzar la victoria total en vez de sólo pequeños triunfos aislados como algunos insistentemente me recomendaban.

Segundo: reducir al mínimo posible el número de bajas nuestras. Dentro de esa orientación integral, cada operación se hacía objeto de un plan y de muchos subplanes. No se daba la batalla sino después de intensa deliberación cuando todo estaba maduro y listo.

En la reconstrucción nacional que ha de conducir a la fundación de la Segunda República, el problema es mucho más complejo. Debe haber en primer término, una filosofía que sea la que ilumine el camino. Luego deben venir los planes técnicos, en todas las ramas de la administración, guiados todos por una idea central y por el más elevado espíritu patriótico. Esos planes deben ser un poco más ambiciosos de lo que podemos alcanzar.

Todos sabemos que las estrellas no se alcanzan con la mano, pero todos debemos convenir en que los hombres y las naciones, necesitan saber con exactitud a cuál estrella llevan enganchado su carro, para poder discernir en las encrucijadas del camino cuáles sendas conducen adelante, cuáles son simples desviaciones y cuáles los arrastran hacia atrás.

Yo deseo decir a los costarricenses cual es, en el sentir de los soldados que hoy bajamos de la montaña, la estrella luminosa que debe guiar en adelante nuestro carro: la estrella de la Segunda República. Voy a expresar el pensamiento en una frase final. Esa frase carece de toda hermosura literaria. Tal vez yo podría, bajo el influjo

inspirador de los héroes aquí reunidos, encontrar en mi alma una lira y arrancarle una nota de poesía que fuera digna de la grandeza del momento. Pero en vez de una frase que deleite el espíritu de Costa Rica, les voy a entregar unas palabras que pongan ese espíritu a pensar. Ojalá que ustedes se vayan de aquí pensando. Ojalá que algún día lleguen a la conclusión de que esa modesta sentencia, compensa con su grandeza su carencia de hermosura. El nombre de la estrella que nos guíe, debe ser, costarricenses,

El bienestar del mayor número...

José Figueres Ferrer

## **La orientación general de la Segunda República Discurso de apertura de la Asamblea Constituyente**

Señores Constituyentes:

Hemos tenido que recorrer un largo camino para llegar hasta este recinto. Venimos a inclinarnos reverentes ante la augusta imagen de la patria y a rendir nuestro respeto a los nobles representantes del pueblo de Costa Rica que integran hoy la Asamblea Nacional Constituyente. Tras esa larga jornada de todo un pueblo, llegamos a este momento solemne con el espíritu purificado por los sufrimientos del pasado y con el corazón cargado de esperanzas para lo porvenir.

Nos encontramos aquí reunidos con el objeto de definir nuestra situación política y de dar al país una nueva Constitución.

Los últimos ocho años constituyen un período anormal de nuestra historia. Aunque los hechos ocurridos en dicho período son ampliamente conocidos de los costarricenses de hoy, debemos hacer una breve reseña de esos acontecimientos para legarla a la posteridad en este mensaje que ahora tenemos el honor de dirigiros.

Un régimen legalmente establecido en 1940 rompió la tradición gubernativa nacional, distinguiéndose desde el principio por su irrespeto a la hacienda pública, que fue convertida en negocio particular de las familias gobernantes. En 1942 el sentimiento público de desaprobación era tan fuerte, que el régimen se vio en la necesidad de entrar en alianzas políticas con el partido comunista internacional, entonces bien asentado en Costa Rica, para mantenerse en el gobierno. Inmediatamente se hizo clara a los costarricenses la intención que tenía la nueva coalición de fuerzas políticas imperantes, de irrespetar también el derecho del sufragio popular y perpetuarse en el poder. A ese efecto se trató de obtener de un congreso disciplinado y sumiso una reforma a nuestra legislación electoral que abriese los caminos del fraude. Esto trajo como resultado el primer gesto de protesta colectiva enérgica, señalándose así la primera de las fechas gloriosas de la presente Campaña de Liberación: el 15 de Mayo de 1943. Tocaba a su fin el mandato legal de la administración y vino la campaña electoral llena de violencia y amargura. El ilustre ex-Presidente don León Cortés Castro fue candidato de la oposición, contando con las simpatías de todo el pueblo. Fue favorecido por una enorme mayoría de sufragantes en la trágica fecha del 13 de Febrero de 1944 Sin embargo el régimen declaró electo a su propio candidato y lo instaló como Presidente marioneta para el cuatrenio 1944-1948. Hoy que el derecho electoral está restablecido en Costa Rica, y que por primera vez en muchos años se reúne en este recinto una Asamblea verdaderamente representativa, sería un hermoso desagravio póstumo al prócer desaparecido, y una justa satisfacción al sentimiento nacional, si este Cuerpo Constituyente se dignara declarar de modo

oficial, durante el curso de sus deliberaciones, que el 13 de Febrero de 1944, León Cortés Castro fue electo Presidente Constitucional de Costa Rica.

El segundo período de cuatro años del régimen ahora depuesto transcurrió en un ambiente de ilimitada agitación política y de constante protesta nacional. El 10 de Febrero de 1946 se realizaron unas nuevas elecciones deshonestas, que permitieron al régimen seguir contando con un congreso sumiso y servil. En señal de protesta los diputados de la oposición se abstuvieron de asistir a las sesiones durante largo tiempo.

En 1947 vino la campaña electoral presidencial en la que fue jefe y candidato de la oposición don Otilio Ulate Blanco. El pueblo escéptico ya por las burlas anteriores concurrió, sin embargo, virilmente a esta lucha política, deseoso de agotar los recursos civiles para la restauración de sus libertades perdidas. Libróse la campaña en un clima de verdadera tormenta. Los hampones que el gobierno llamaba autoridades y las fuerzas de choque comunistas cometieron toda clase de atropellos imaginables, en un afán de amedrentar al pueblo e impedirle expresar su voluntad.

A raíz de uno de los tantos atentados, que se perpetraron contra la ciudadanía en Cartago, se produjo la Huelga Nacional de Brazos Caídos que paralizó al país durante las últimas semanas de Julio de 1947. El 2 de Agosto millares de damas costarricenses fueron ultrajados frente a la Casa Presidencial, marcándose con esto otra de las fechas negras de nuestra historia. Terminó la huelga con la celebración de un pacto en que el Poder Ejecutivo, el candidato oficial, los militares y los diputados se comprometieron a respetar el fallo que sobre el resultado de las elecciones próximas vertiera el Tribunal Nacional Electoral. La oposición aceptó esa promesa, que no era sino la de cumplir con el deber, en aras de la paz que se veía crecientemente amenazada por el desarrollo de los acontecimientos.

Celebráronse las elecciones, y la fuerza numérica de la oposición se impuso a pesar de todos los fraudes y de todas las violencias. El señor Ulate obtuvo una mayoría de diez mil votos que era apenas una fracción de la que realmente existía a su favor en el electorado, pero que constituía un amplio margen de victoria, como fue oportunamente reconocido por la mayoría honorable del Tribunal Electoral.

Vino entonces otro gigantesco atropello al derecho del sufragio el 10. de Marzo de 1948, cuando veintisiete diputados indignos de su investidura arrebataron al señor Ulate Blanco la legítima credencial que le había sido concedida en las elecciones del 8 de Febrero, El mismo 10. de Marzo fue ametrallada la residencia del Dr. Carlos Luis Valverde, insigne ciudadano que cayó bajo las balas de aquel régimen de satrapía, y se convirtió en el primer mártir de la Guerra de Liberación Nacional.

Estos acontecimientos fueron la chispa que encendió la guerra. Dos grandes verdades deben quedar claras ante la historia en relación con esta acción bélica. La primera es, que los costarricenses agotaron todos los medios pacíficos antes de recurrir a las armas en defensa de sus derechos. La segunda, menos conocida quizá, es que la guerra tuvo una larga gestación, de casi seis años, durante la cual se prepararon simultáneamente los elementos bélicos y los planes constructivos que debían servir para edificar una nueva Costa Rica en caso de que llegara la hora de una hecatombe nacional. Desde el día que fue exilado del país el que hoy tiene el honor de hablarlos, el 8 de Julio de 1942, muchos ciudadanos comprendieron que la era de las libertades públicas había concluido en Costa Rica, y que probablemente no se conquistarían de nuevo sin recurrir a los más grandes sacrificios. Muy dura fue la transformación de gentes que siempre habían sido pacíficas, en guerreros potenciales.

Así fue como se registraron brotes revolucionarios, a veces prematuros, pero siempre valientes y patrióticos, tales como el golpe que un grupo de caballeros y jóvenes arrojados intentaron desde la estación radioemisora Alma Tica.

Mientras se desarrollaban las gloriosas campañas cívicas durante meses y años, un conjunto de hombres, a quienes ofrecían valioso aporte las decididas mujeres, crémos necesario ir preparando los medios para hacer efectiva, si las circunstancias lo demandaban, una promesa que se venía dando insistentemente a los costarricenses de respaldar sus votos hasta con la acción armada. Esas circunstancias se presentaron inevitablemente. Tuvimos que convocar al pueblo de Costa Rica a una dolorosa guerra civil que hoy se llama con justicia la Guerra de Liberación Nacional.

Con el triunfo del Ejército Libertador, que era el triunfo de todo un pueblo en lucha contra la tiranía, se acabó de romper por completo el orden constitucional que sólo en apariencia venía manteniendo el régimen derrocado. Se produjo entonces un vacío jurídico ya que el ordenamiento fundamental del cual dimanaba la fuerza de todas las instituciones legales, había perdido su vigencia normal. Quedaba el hecho escueto de la soberanía popular sin instituciones jurídico-positivas a través de las cuales se pudiera ejercer esa soberanía en forma de gobierno de la nación.

Este fenómeno, por supuesto, no constituía una novedad en la historia política del mundo. En la vida de casi todas las naciones no han faltado golpes de estado o revoluciones que hayan roto la continuidad del orden constitucional y que hayan planteado ante los pueblos respectivos la necesidad de resolver, en forma inmediata, el problema de la ausencia de instituciones jurídicas para el ejercicio de la autoridad. En todas esas circunstancias la solución ha sido la misma: un grupo de hombres asume de hecho la representación popular, y con tal carácter establece un gobierno provisional.



No podíamos proceder en otra forma nosotros, los que habíamos asumido la grave responsabilidad de levantarnos en armas contra un orden de cosas inaceptable para el pueblo de Costa Rica, si queríamos llevar hasta sus últimas consecuencias la liquidación de un régimen corrompido en todas sus arterias, antes de que surgiera el nuevo orden jurídico e institucional que debería su cederlo.

Afortunadamente para la república, al triunfar la revolución había un ciudadano a quien la mayoría del pueblo había entregado un título indiscutible a asumir en su oportunidad la primera magistratura de la nación. En don Otilio Ulate Blanco tenía el pueblo de Costa Rica su Presidente Electo. Gracias a esa condición, el señor Ulate Blanco podía ser considerado, a pesar de las extraordinarias circunstancias que mediaron entre su elección y el triunfo de la guerra civil, como el depositario de la voluntad popular. Creímos correcto contar con su aquiescencia para la solución que se debía dar a la situación nacional planteada. Esa aquiescencia nos fue otorgada con un alto espíritu patriótico, y con una profunda comprensión del momento histórico que vivía Costa Rica. Firmamos entonces el pacto Ulate-Figueres, que se ha venido cumpliendo fielmente y que ha sido la guía de los sucesos políticos acaecidos desde entonces. Así fue como el 8 de Mayo último un grupo de ciudadanos, que en una u otra forma habíamos estado en la lucha por la libertad de Costa Rica, nos constituimos en gobierno provisional bajo el nombre de Junta Fundadora de la Segunda República. Fuimos honrados en aquel acto con la presencia de las Honorables Representaciones Diplomáticas acreditadas en nuestro país, y recibimos la aprobación que en diversas formas nos manifestaba la ciudadanía.

La Junta Fundadora de la Segunda República se encontró ante dos tareas esenciales a realizar. Primera, afianzar el triunfo militar, devolviendo la seguridad a todos los habitantes del país y haciendo sanción contra los delincuentes que bajo el régimen derrocado había cometido toda clase de crímenes. Segunda, preparar el advenimiento de un nuevo orden que garantizara la vida institucional y las libertades cívicas, y promoviera a la vez el bienestar del mayor número. Todos nuestros esfuerzos se han dirigido a la realización de esas tareas fundamentales.

Para el cumplimiento de la primera de estas faenas fue preciso proceder varias veces a detenciones de personas que por sus conocidos nexos con el régimen derrocado, siempre en actitud de contrarrevolución, podían ser un peligro para el afianzamiento de nuestro triunfo. Todavía en estas últimas semanas hemos tenido que venir de nuevo a la lucha armada. Unos cuantos dirigentes sin alma, del régimen derrocado, invadieron nuestro territorio por la frontera norte, y tuvimos que aprestarnos a rechazarlos. Todo el país se puso en pie de guerra. Sufrimos diecisiete muertes muy valiosas, y sobre ese nuevo sacrificio quedó reafirmado el movimiento regenerador nacional.

La sanción de los que se habían hecho en alguna forma culpables de atropello de los bienes del Estado o de la dignidad ciudadana, nos exigió, como consecuencia necesaria de un período revolucionario, establecer tribunales especiales, integrados por hombres de absoluta probidad y sereno juicio, en cuyas manos puso la revolución esa parte de su programa tan importante como su aspecto militar. No llevar a ese plano la revolución hubiera sido dejar incompleta la tarea que el pueblo y la historia nos había encomendado.

Hondamente preocupados por el restablecimiento de la legalidad, creímos necesario mantener provisionalmente el régimen de garantías individuales, sociales y nacionales que otorgaba la Constitución antigua, así como la vigencia de casi la totalidad del orden jurídico hasta entonces en vigor. También procedimos a darle al país un Poder Judicial, absolutamente independiente, e integrado por magistrados de intachable probidad.

Interpretando una aspiración jurídica y social costarricense, decidimos sustituir la Constitución que con muchas reformas nos venía rigiendo desde 1871 por una nueva, en la que se pudieran conjugar los principios esenciales de nuestra vida política con las modernas corrientes de pensamiento que han venido convirtiéndose en postulados fundamentales de las naciones. Dotar al país de una Carta Política que recogiera preocupaciones que se ha dado en llamar revolucionarias y que no son sino las propias del progreso humano, llevadas a la organización social de los pueblos, tenía que ser la verdadera obra de fundar una Segunda República. Las aspiraciones comunes al pueblo de Costa Rica de libertad individual, de justicia social y bienestar económico para todos, tenían que cristalizarse en esa plataforma de la vida jurídica nacional.

A una comisión técnica integrada por hombres de reconocida moralidad y capacidad jurídica y social, confió la Junta de Gobierno la delicada tarea de preparar el proyecto de Constitución de la Segunda República. Tuvieron los integrantes de esa comisión la preocupación de consultar cuanto organismo o persona juzgaron capacitados para emitir opinión en tan difícil materia.

Oportunamente procedimos a convocar al país a elecciones para la Asamblea Constituyente que hoy tenemos la satisfacción de inaugurar solemnemente. Si de alguna cosa podemos enorgullecemos por nuestra gestión administrativa, es por las recientes elecciones verificadas el 8 de diciembre, que en forma clara vinieron a decir al país que no se había derramado en vano la sangre por reconquistar el derecho electoral. Esta pronta inauguración de la Constituyente Nacional es testimonio de la sinceridad con que hemos querido devolver a Costa Rica su vida institucional, que había dejado el régimen anterior en total bancarrota. Las condiciones propicias en que se ha producido hoy la ratificación del mandato de don Otilio Ulate, son una prueba de

la buena fe con que pactamos, y de nuestro vehemente deseo de que vuelva el país a su republicanismo tradicional.

Muy afortunado fue que los hombres que durante varios años planeamos en secreto una posible acción bélica, pensáramos en todo momento en las graves responsabilidades con ella conexas. La guerra y la post-guerra eran inseparables en nuestras mentes. No se podía ensangrentar al país si no era para darle una vida nueva. Las victorias militares por sí solas valen poco. Lo que sobre ellas se construye es lo que importa. La guerra de Liberación Nacional no fue más (en los planes de largos años primero, y después en las ejecuciones) que un medio desagradable y primitivo de abrir el camino hacia la fundación de la Segunda República. Insistimos en que ni una cosa ni la otra, ni la guerra ni la paz, fueron improvisadas. Afirmamos también que ninguna de las dos fue concebida como un medio de satisfacer ambiciones o ansias de Poder. Un genuino espíritu de sacrificio prevaleció durante todo el planeamiento, y es muy satisfactorio sentir aún ahora, en el Poder, que bs hombres de la revolución no están disfrutando de ninguna prebenda, y que siguen siendo víctimas de un espíritu de servicio público y humano que los lleva al abandono de su bienestar personal en aras del bien general. Dentro de ese espíritu y a nuestro entender en cumplimiento de una aspiración nacional, es que estamos empeñados en fundar la Segunda República. Y a esta Asamblea venimos a pedir que proceda a dar las bases supremas jurídicas de esa nueva concepción nacional.

La concepción de la Segunda República es una cosa sencilla, al alcance de todas las mentes de buena voluntad. Cuatro orientaciones principales la distinguen:

1. Restablecimiento de la moral.
2. Introducción de la técnica en la administración y eliminación de la politiquería.
3. Progreso social sin comunismo.
4. Mayor conciencia de solidaridad con los otros pueblos del mundo, especialmente de América.

Describiremos por separado estas cuatro aspiraciones de la Segunda República, reconociendo claramente que algunas de ellas no son más que orientaciones, y una simple colocación de bases. Las realizaciones correspondientes necesitarán un largo período de trabajo de todo el país.

La primera de estas orientaciones, el restablecimiento de la moral, es la única en que se puede ser radical. Demasiado tiempo han sufrido las democracias el irrespeto de los bienes del estado por parte de los funcionarios públicos; el irrespeto al derecho electoral, cuyo ejercicio suele convertirse en una farsa, el irrespeto a la independencia

judicial, que mina las bases mismas de la sociedad. No puede haber vida colectiva satisfactoria entre los hombres, si los principios porque esa vida debe regirse son irrespetados precisamente por quienes llevan la misión de darles validez y fuerza. En esta materia se debe ser ilimitadamente estricto. Ni una sonrisa de condescendencia, ni un centavo mal habido, ni un voto burlado, ni la sombra de una insinuación a un juez.

En todos esos aspectos tenemos conciencia de que la Junta Fundadora de la Segunda República se está conduciendo a la altura de las expectativas nacionales, y de su enorme responsabilidad histórica. En cambio tenemos el dolor de admitir que las circunstancias turbulentas en que gobernamos no han permitido mostrar siempre aquel alto grado deseable de respeto a la libertad individual, a la inviolabilidad de los hogares, al derecho de asociación de los ciudadanos, y a algunos otros derechos. Desgraciadamente la opinión pública, herida por los atropellos de los últimos ocho años, ha estimulado las flaquezas de algunas autoridades llevándolas a cometer abusos que la Junta de Gobierno reprueba. No nos queda más remedio, como gobernantes, que asumir nuestra parte de responsabilidad por esos hechos. Pero consideramos justo que esa responsabilidad sea compartida por esa opinión pública, que es quien verdaderamente manda en Costa Rica.

Estamos haciendo lo posible porque esta época de anormalidad termine. Consideramos como una de las más pesadas cargas que la patria nos ha impuesto, la de gobernar en este ambiente de pasiones encendidas. Esperamos que renazcan pronto la paz completa y la cordura, y que el poder público de Costa Rica vuelva a ser uno de los más respetuosos y respetados de la tierra.

Es la segunda aspiración de nuestro programa la introducción de un criterio técnico en la administración pública, contrapuesto a las normas puramente políticas que a menudo nos han regido. Semejante transformación es lenta y difícil. Nosotros estamos haciendo lo posible por dejarla principiada. Hemos tenido la suerte de encontrar una generación joven, amante del estudio y dispuesta a asumir responsabilidades. Ingenieros, economistas, médicos, abogados, especialistas de muy diversas ramas de la técnica, han llenado gran número de puestos de la administración pública y los están desempeñando con un criterio nuevo. Cualesquiera que sean sus limitaciones, nadie puede negar su sinceridad y su entusiasmo. Se está preparando así en el terreno mismo de la experiencia vivida, una generación idónea para el gobierno del país, que será de valor inestimable para las administraciones venideras. Ojalá que ellos a su vez preparen a sus sucesores cuando llegue el momento, para que el país no tenga en el futuro que hacer improvisaciones en su vasto tren de funcionarios. No menospreciamos, por otra parte, el aporte de madurez que puedan darnos en esta hora los hombres que han llevado a cabo otras luchas anteriores a las nuestras, demostrando la amplitud de sus capacidades y la solidez de sus principios.

Obedece siempre nuestra actitud a un planeamiento general, modificado según las circunstancias. Dentro de ese planeamiento, creemos que es de la mayor importancia en nuestro tiempo el enriquecimiento del país, tanto para proporcionar mayor bienestar a sus moradores, como para sufragar el costo de una cultura colectiva superior. El país no puede enriquecerse de la noche a la mañana, ni solucionar rápidamente los problemas de un gran número de sus habitantes que viven en la estrechez. Sólo la producción trae la abundancia. Sólo el ahorro nacional acumula la riqueza. Un análisis de nuestra economía nos ha revelado que hay unas cuantas fuerzas principales que deben encauzarse con miras de bienestar común, para que venga en el futuro un verdadero aumento de producción de la riqueza. Así es necesario un sistema bancario nacional que lleve a todos los rincones del país su espíritu de servicio público, no solamente facilitando créditos reproductivos, sino también captando los depósitos y estimulando los ahorros. Es necesario un sistema eléctrico nacional que lleve también a todas partes el bienestar que pueden proporcionar nuestras corrientes hidráulicas, y que impulse con espíritu social las grandes y las pequeñas industrias nacionales. Es necesario disminuir la cantidad de artículos elaborados en el exterior que consumimos, sin producir aquí lo equivalente, en mercancías exportables para pagarlos. Es necesario una organización nueva de nuestra agricultura, que rara vez ha alcanzado en el pasado a llenar las necesidades nacionales. Es necesario mejorar para nosotros las condiciones económicas en que opera aquí la Compañía Bananera de Costa Rica, que constituye un importante renglón en nuestra economía. Es necesaria la exploración petrolera, rápida y concienzuda, del territorio nacional.

Esas son algunas de las principales preocupaciones de nuestro planeamiento en el año de 1948, para la producción de riqueza. Ese es uno de los aspectos de lo que nosotros llamamos la orientación técnica de la administración.

Procurase también dentro de esa orientación técnica que las obras, las instituciones, y todos los esfuerzos gubernativos, se encaminen a satisfacer necesidades de carácter general y no particular, sin miras políticas superficiales. La técnica es nuestra aspiración, y esperamos que sea la guía de las administraciones futuras.

La tercera orientación general de la Segunda República, en el orden en que hoy las estamos exponiendo, es la que busca un progreso social que sea el fruto de las filosofías cristiana y democrática, y no de las tendencias ideológicas comunistas y dictatoriales que nosotros consideramos retrógradas. En esto tal vez nos separamos, por razón de la época en que vivimos, de los sentimientos conservadores y patriarcales que animaron a la Primera República. La república de nuestros padres representaba un adelanto sobre las estructuras más típicamente feudales de otros países. Su pensamiento económico, dentro de los resabios del pasado, podría decirse que era el liberalismo manchesteriano. Estímulo al instinto de lucro individual, que es el equivalente del instinto del individuo en la selva, y abandono de la economía a las

fuerzas naturales, como se abandonan las corrientes de los ríos mientras no hay ingeniería, son las características del sistema liberal. Cuando intervienen en algo los sentimientos humanitarios, el sistema toma cierto aspecto patriarcal. En ese estado de cosas, el comunismo hace fácil presa de los menesterosos, de los descontentos, de los intelectuales, y constituye un excelente aliado para los políticos oportunistas. Eso pasó en Costa Rica. Contra esa alianza tuvimos que luchar. Para que no se repitan los efectos debemos procurar que desaparezcan las causas, por larga y penosa que nos parezca la tarea transformadora.

La economía moderna considera que el trabajo de las naciones puede ya producir suficiente bienestar para todos sus habitantes, si la producción se planea con miras generales. Esa tendencia científica hacia la disminución de la miseria y hacia el aumento del bienestar de todos, coincide con el espíritu cristiano de amor al prójimo que la humanidad ha aceptado como la mejor norma de conducta moral, y coincide también con el espíritu democrático de estimular la dignidad, que se considera como la mejor norma de conducta cívica. Todos estos sentimientos son gratos al corazón de los costarricenses, y cuanto más los generalicemos y más los ahondemos, mejor estamos conduciendo a nuestro pueblo hacia el género de vida que todos amamos.

El mal de la pobreza existe. Es imprescindible que le busquemos remedio. Pero en vez de un comunismo que encienda la lucha fratricida, queremos un espíritu social que nos una a todos en la lucha por la producción para todos. En vez de una mal entendida limosna patriarcal que humilla al pobre, queremos una actitud científica que tienda a enriquecerlo, y un concepto superior de justicia que lo dignifique.

La cuarta de las aspiraciones nuestras que venimos enumerando, ha sido la de ensanchar los círculos de contacto de nuestro pequeño país con el resto de América y del mundo, y de disminuir el aislamiento en que hemos vivido en el pasado, cuando los medios de comunicación eran más imperfectos. Nuestra Guerra de Liberación Nacional despertó enorme interés en los países hermanos. Nuestro movimiento de transformación hacia ese tipo de administración que llamamos la Segunda República, está siendo observado en todas partes por hombres y mujeres que aspiran a una solución más o menos semejante de sus propios problemas, en esta época de conmoción social. Los malos hijos de la república que tanto daño nos hicieron desde adentro, están intentando ahora hacer todo el que puedan desde afuera, propalando embustes y desacreditando al país y a su gobierno. Algunas gentes juzgan superficialmente nuestro movimiento como una lucha vulgar por el Poder, en donde un dirigente político trata simplemente de quitar a otro para subir él, y en donde el ejercicio de las elevadas magistraturas es una satisfacción de vanidades, en vez de ser el apostolado martiano que nosotros predicamos. El nombre de Costa Rica se menciona casi a diario en todos los periódicos del continente. Hemos dejado de ser el rincón desconocido de la América Central que éramos hasta hace poco en los países grandes. En todas partes hay conciencia de que aquí se está llevando a cabo un

movimiento importante, aunque ese movimiento se juzgue de las más diversas maneras según las informaciones de que disponga o la propaganda a que se esté sujeto.

Se está creando la conciencia, en el interior y en el extranjero, de que un país pequeño puede contribuir eficazmente con ejemplos morales a la causa del mejoramiento estructural de las sociedades humanas. Nuestro gobierno se da cuenta del papel que la Providencia ha querido que desempeñemos en América, y procura en todas sus relaciones con otros países, y con los grandes organismos internacionales, comportarse a la altura de lo que de nosotros se espera.

Nos complace anunciar este propósito nuestro en presencia de las Honorables Representantes Diplomáticas acreditadas en el país, que hoy honran esta Asamblea con su presencia. Creemos cumplir con un deber de justicia al expresar una vez más y en esta oportunidad solemne, la gratitud que el pueblo de Costa Rica guarda para el Honorable Cuerpo Diplomático en general, y para aquellos de sus miembros muy ilustres que en medio de la azarosa lucha civil prestaron toda su asistencia a nuestra patria, a fin de apresurar la hora de la paz basada en la justicia.

Señores Constituyentes:

Hemos narrado sucintamente la historia de los acontecimientos que condujeron a la fundación de la Segunda República. Hemos descrito las principales aspiraciones de esa nueva estructura nacional. Debemos ahora pedirles que procedáis al desempeño de la sagrada misión que os ha sido encomendada con la altura que os caracteriza, y con vuestros corazones libres de las pequeñas pasiones políticas del momento.

Para el cumplimiento de esa tarea ponemos en vuestras manos un instrumento que ha costado mucho conquistar: la libertad. Esperamos que sabréis usarlo.

En nombre de los mártires de toda la campaña os rogamos, nobles Padres de la Patria, que en todo momento tengáis presente solamente el interés general de ese pueblo que tanto espera de todos nosotros. Dios y la patria os observan. Si en vuestros pechos quedare algún resabio de humana pequeñez, desechadlo al llegar a este recinto. Aquí sólo grandeza debe haber. La hora de inaugurar la Constituyente ha llegado. Los héroes caídos os dicen: "La puerta está abierta, pasad".

José Figueres Ferrer  
16 de enero de 1949

## **Discurso Toma de Posesión Junta Fundadora de la Segunda República**

Señor Presidente:

Tenemos el honor de recibir de vuestras manos el Gobierno de la República. Nos complace reconocer el acierto con que habéis sabido conducir al país en momentos tan difíciles como estos en que os ha tocado gobernar. Os agradecemos, en nombre de la Patria, vuestras actuaciones así como los conceptos del mensaje que acabáis de leer. Conocedores de vuestro manifiesto hecho al país el primero de mayo, en el cual expresabais vuestra intención de depositar en nosotros el poder, hemos considerado oportuno dirigirle a la nación las siguientes declaraciones:

Nosotros, José Figueres Ferrer, Alberto Martén Chavarría, Fernando Valverde Vega, Raúl Blanco Cervantes, Francisco José Orlich Bolmarcich, Edgar Cardona Quirós, Bruce Masís Dibiassi, Gonzalo Facio Segreda, Uladislao Gámez Solano, Secretarios y Sub Secretarios de Estado durante el ejercicio constitucional de la Presidencia de la República por el Ing. don Santos León Herrera, al finalizar hoy este periodo y ante la anormalidad jurídica y política producida por la anulación que hizo de las elecciones de febrero último el Congreso Legislativo, rompiendo el orden constitucional, recibimos de manos del Sr. León Herrera el Gobierno de la Nación como depositarios del poder público y hacemos juramento solemne al pueblo de Costa Rica de restituirle su vida constitucional, conforme al siguiente planteamiento:

Nos constituimos en este acto en asocio de los señores Presbítero Benjamín Núñez Vargas y el Licenciado Benjamín Odio, en Consejo de Gobierno Provisorio de la Nación y ejecutaremos esas funciones con el nombre de Junta Fundadora de la Segunda República.

Actuará como Presidente de la Junta, don José Figueres Ferrer y, como Ministros, sus otros miembros.

Inmediatamente tomaremos las siguientes disposiciones, por Decretos:

Restablecimiento de las Garantías Individuales y sociales que el interés y la dignidad de la República demandan.

Reorganización del Poder Judicial, haciendo recaer los nombramientos respectivos, en juriconsultos sabios y honorables.



Nombramiento de una comisión de juristas, economistas y técnicos en los diferentes ramos de la administración pública, para que redacte un proyecto de Constitución que responda a las necesidades actuales del país.

Convocatoria a elecciones de una Constituyente, que emita una nueva Carta Fundamental.

Depuración del Registro Electoral dentro de la mayor brevedad.

El periodo de propaganda para la elección de Constituyente, comenzará el 8 de noviembre de este año. Las elecciones se efectuarán el 8 de diciembre. La Asamblea Constituyente se instalará el 15 de diciembre de este mismo año de 1948.

La duración de las funciones de la Junta Fundadora de la Segunda República, será de 18 meses, a partir del 8 de mayo en curso, siendo prorrogables sus poderes por 6 meses más, mediante consulta a la Asamblea Constituyente.

Durante el periodo de gobierno, la Junta se empeñará en la reorganización administrativa que los costarricenses ansían desde hace tiempo, especialmente después del caos de los últimos ocho años, que hizo necesaria la Guerra de Liberación Nacional.

La Junta Fundadora de la Segunda República deja constancia ante la historia de que, en las elecciones presidenciales verificadas el 8 de febrero de 1948, fue legalmente electo Primer Magistrado de la Nación, don Otilio Ulate Blanco y que a este le fue arrebatada su credencial de modo arbitrario, por el congreso, al declarar nulas las referidas elecciones. A fin de que el pueblo de Costa Rica vierta su veredicto final, la Junta pedirá a la Asamblea Constituyente que ratifique la elección de don Otilio Ulate por un período de cuatro años, si a bien lo tuviere.

La Junta de Gobierno mantendrá la vigencia de los tratados y pactos internacionales suscritos y ratificados por los gobiernos anteriores y estrechará los lazos amistosos que la unen a las demás naciones del mundo.

Al finalizar nuestro periodo de Gobierno Provisorio y al hacer entrega de los poderes públicos a un nuevo gobierno constitucional, se disolverá esta Junta.

José Figueres Ferrer

## Los tres grandes cambios de la humanidad

Mensaje a los escolares y niños en el 129 aniversario de la Independencia Nacional el 15 de setiembre de 1948.

En la fecha de celebración de la Independencia de Costa Rica, tengo la honra de dirigir este mensaje a los escolares y niños de mi Patria, desde mi posición de Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República. Quiero poner en mis palabras la mayor sencillez porque sé lo difícil que es hablar a los niños y mi deseo es llegar a todas sus jóvenes inteligencias para que entiendan que les ha tocado empezar su vida en la mañana de un día nuevo de nuestro pueblo, cuando comienza a clarear el sol de la Segunda República.

Enseña la historia que los primeros hombres que habitaron la tierra eran unos seres aislados, solitarios, en constante guerra unos con otros y sin más impulsos que protegerse contra las fieras y contra la naturaleza. Despacio fue creciendo la raza humana, porque el hombre solitario no podía defenderse bien contra los animales, las enfermedades, los huracanes, el frío, la lluvia, los torrentes, y todos sus enemigos naturales. Su fuerza y su inteligencia eran muy pocas contra el mundo salvaje. Hoy mismo, hay fuerzas de la naturaleza que el hombre no puede detener, como la de la tempestad y como la del terremoto. Piensen lo que sería aquél hombre primitivo de escasa inteligencia, desnudo, desarmado, sin ideas ni conocimientos, caminando a través de las selvas en busca de alimentos. Era más débil y estaba menos defendido que el niño recién nacido de ahora. El instinto y el miedo hicieron a los hombres agruparse en familias, en tribus después. El hombre era el primer enemigo de su semejante, porque se arrebataban unos a otros los escasos frutos que la naturaleza sin cultivo les daba. Luchando unos contra otros, matándose y persiguiéndose tribus contra tribus y pueblos contra pueblos, vivieron miles de años.

Los pueblos mayores sojuzgaron a los más pequeños. Los más fuertes dominaron a los más débiles y los esclavizaron y obligaron a trabajar para ellos y a servirlos. Los hombres esclavos vivieron peor que los animales que, como el buey y el caballo, nos ayudan hoy en el trabajo.

Andando los siglos la inteligencia humana, esa cruz creadora que ilumina los espíritus, fue poco a poco despertando. Mejoraron los pensamientos y los sentimientos de los hombres. Empezaron a nacer las ideas de la sociedad y de la ley para mejorar la vida. Al fin vino el Cristianismo, como la primera etapa de cambio de la existencia del género humano, a proclamar que el hombre no había venido a la tierra solamente para ser el enemigo mortal de su semejante. Los hombres son hermanos, deben ayudarse unos a otros, no han de odiarse entre sí. "Amaos lo unos a los otros", fue la gran enseñanza del primer cambio.

Esta justa idea fue progresando durante siglos y el pensamiento humano abriéndose a medida que pasaba el tiempo. Como las semillas en la tierra van germinando y brotan en tallos tiernos para luego crecer y hacerse matas frondosas, nuevas ideas iban creciendo que empujaban a la humanidad al progreso. La habitación se hizo mejor; mejoró la manera de cultivar y de cosechar; se aprovecharon más los dones naturales y se fueron poniendo al servicio de los pueblos. A la idea de que los hombres son hermanos y deben amarse y ayudarse siguió otra. La de que los hombres deben ser iguales delante de las leyes y tener los mismos derechos. Así evolucionó el Cristianismo y nació la idea de la Democracia. Es el segundo gran cambio en el camino hacia una vida mejor.

Primero, los hombres son hermanos, deben amarse entre sí. Después, los hombres son iguales ante la ley, tienen iguales derechos políticos. Se acaba aquí la ideal del hombre esclavo, del señor de vidas y haciendas, del poder tiránico de los reyes y se establecía que los pueblos nombrarían libremente sus gobernantes, se daría todos los derechos políticos. La justicia ampararía a todos por igual. Así vivimos, mejorando año por año las instituciones y las leyes, hasta llegar a la tercera etapa, el gran cambio en que ahora estamos.

Tenemos, pues, que de la vida salvaje a hoy, ha habido dos grandes etapas: la del Cristianismo y la de la Democracia.

Nuestros padres afirmaron la hermandad de los hombres y su igualdad política.

Pero siguió existiendo en las sociedades de los pueblos una profunda e injusta diferencia. La desigualdad económica. La riqueza como creadora de privilegios irritantes.

Como la marcha del mundo y de las ideas no se puede detener, después de que los pueblos consiguen una mejora quieren otra, tal como el escolar que va subiendo de un grado inferior al inmediato superior. Nos ha tocado vivir este tiempo en que el esfuerzo humano se dirige a igualar económicamente a los hombres, es decir, a ordenar las cosas en la sociedad, de manera que con las riquezas creadas por el trabajo de todos, se beneficien a todos. Así como el aire y la luz no se niegan a ningún ser humano, tampoco debe negársele a nadie el disfrute de las comodidades del mundo ni de los adelantos del progreso.

En la naturaleza encontramos muchos ejemplos de esa igualdad y de los bienes que da esa igualdad. El que se pone a observar un enjambre o un hormiguero encuentra que esos pueblos de pequeños animalitos son seres económicos que han organizado su existencia, por instinto, en forma perfecta. Todos trabajan para todos, y los bienes sirven para la vida de todo el pueblo. Acumulan alimentos mediante una faena

ordenada perfectamente, en que cada abeja o cada hormiga cumple su deber. Sus bodegas, atestadas de miel y de comida, dan sustento a todos los que son parte de esos pequeños pueblos, nutren a los hijos y su hogar es común sin privilegios. Forman pueblos unidos entre sí, ordenados y que disfrutan del bienestar conjuntamente.

La Humanidad está hoy en esta nueva etapa. En el tercero de nuestros grandes cambios. Ya se ve como cada uno de estos cambios ha sido para mejorar la vida del hombre en la Tierra. Estamos en los días en que se está estableciendo el Solidarismo de los pueblos. Siendo un ser económico el hombre, como la abeja o como la hormiga, tiene que organizar la distribución del bienestar por medio de leyes nuevas que son las que ahora empiezan y las que la Segunda República ha comenzado a implantar en nuestra Patria.

Pero, esas leyes tienen que hacerse con el esfuerzo y la ayuda de todos. Vosotros, niños de mi Patria, podéis tener la seguridad de que cuando seáis hombres hechos y derechos, la vida será para muchos mejor que lo fue para vuestros padres, mucho mejor que lo fue para vuestros abuelos, y una cosa completamente distinta de lo que fue para los hombres que habitaron el mundo hace siglos.

En vosotros, hombres de mañana, y en nosotros, los hombres de hoy, está la fuerza necesaria que realizará este tercer gran cambio que ha de dar a la nación que es nuestra patria una cosecha de bienestar para que la disfruten todos los costarricenses.

La Segunda República nació, con fatigas y sacrificios, al calor de esperanza, la de hacer una Costa Rica mejor para todos sus hijos y para todos los seres humanos que vivan en ella.

Hay que empezar por cambiar la idea que hasta ahora se ha tenido del cumplimiento del deber. Cumplir el deber no es solamente trabajar para tener qué comer o para tener cómo comprar. Cumplir el deber es trabajar y producir para todos nuestros iguales. El día que cada trabajador entienda que lo que hace debe hacerlo mejor para bien propio y el de todos los demás, y sienta en ello gusto y alegría, el mundo habrá cambiado. Naturalmente, que el deber del maestro es mantener un espíritu alerta y bien preparado, que haga la enseñanza grata y fructífera; el del agricultor, hacer producir mucho a la tierra; el del artista, pintar los mejores cuadros, hacer las estatuas más bellas, cantar más armoniosamente y producir su música más hermosa; el del banquero, movilizar el dinero y ayudar al desarrollo económico; el del comerciante, comprar al productor y poner los productos a disposición de sus vecinos; el del obrero, hacer mejores obras cada día, fabricar el mueble, el pan, la casa, producir la electricidad, manejar el automóvil o la locomotora; el del periodista, dar un diario veraz, informar con exactitud lo que pasa, orientar la opinión; el del gobernante, administrar bien la hacienda pública, ordenar con prudencia, hacer verdadera justicia. Todo eso se hace ahora. Pero todo eso debe hacerse de ahora en adelante, sin mirar

únicamente la paga o la ganancia que esas actividades representan. Sin pensar en enriquecerse mediante la explotación del hombre o de la sociedad. No puede ser la mejor ilusión del hombre de hoy, la pequeña esperanza de salir de pobre, como decimos.

Que cada uno vea que hay algo superior. Y que todos estemos contentos. Es alcanzar el bienestar común, el bienestar colectivo, lo que nos dará el contento de vivir, hará la grandeza de la patria y la verdadera libertad del hombre.

Dicha así, en simples palabras corrientes, esta idea sencilla y noble del Solidarismo nacional, es la que he querido presentar en este Mensaje del Día de la Patria del año 1948, primero de la Segunda República y dirigido a los escolares de todo el país.

Estudiante, niño costarricense: la evolución humana se condensa así:

Por el Cristianismo, tú amas a tu compañero, aprendiste a considerarlo tu semejante y ni lo odias ni lo persigues.

Por la Democracia, te sientas en el mismo banco con el rico o con el pobre, con el descalzo o con el calzado.

Por el Solidarismo, amarás a tu compañero, serás en todo igual a él y todos tendréis el mismo bienestar.

Estas son palabras de fe, que digo lealmente, con la esperanza en el cambio que estamos empezando y al cual estamos obligados a ayudar todos los costarricenses, para alcanzar una vida más justa y mejor. Quiero con estas palabras despertar en las almas, el deseo de servicio colectivo y generoso de todos para ayudar a la producción de grandes riquezas y de bienestar, que todos disfrutemos en un ordenamiento social más justo. Si eso se consigue, el temor que todos sentimos de la posible miseria de mañana; los privilegios de las diferencias económicas que son causa del odio y de las luchas entre las clases sociales, la miseria, la falta de alimento, de casa y de abrigo que sienten muchos compatriotas nuestros, y que a todos nos conmueve, todo eso desaparecerá. No veremos en las filas de los escolares a unos muy bien vestidos y a otros andrajosos. Deseamos que no haya andrajos para vestir a niños en nuestra patria. Deseamos que todos tengan sus pies calzados. Que en todas las casas haya satisfacción y contento. Que sean iguales en trato negros y blancos, pobres y ricos y que la prosperidad del país, mediante el trabajo y la buena administración, favorezca a todos y no solamente a unos pocos. Esa es la nueva idea en el gran cambio de ahora. Ese es el Solidarismo que está llegando a la humanidad para hacerla más feliz.

Con esas ideas y esas esperanzas, os saludo, escolares y niños de Costa Rica, en este día. Renovando mi fe en la Patria querida y en sus destinos, os aliento en la esperanza de que la vida, bajo la mirada de Dios, será cada día mejor para todos los hombres.

José Figueres Ferrer